COMUNICACIONES

El viaje heroico de Aida en *Como un mensajero tuyo* de Mayra Montero

Ana Margarita Barandela García
Universidade Federal de Alagoas (UFAL)

Este trabajo hace una incursión por el mundo de los mitos con la tentativa de mostrar cómo sucede la trayectoria del personaje Aida en la novela *Como un mensajero tuyo* (1998) de la escritora cubana Mayra Montero. Con ese propósito utilizamos como referencias teóricas la trayectoria mítica de Joseph Campbell (1997), y principalmente la jornada heroica de la mujer de Maureen Murdock (2006). Nuestra intención es mostrar el recorrido del personaje femenino en la novela, mediante una trayectoria en la cual se hace necesario rescatar los valores personales, culturales y espirituales que tienen como objetivo integrar todas las partes de la naturaleza femenina de la protagonista.

La historia de *Como un mensajero tuyo* se nos presenta en el capítulo introductorio «Il Messaggier si avanzi!»[2], en que el narrador nos cuenta cómo un personaje, del que no se menciona el nombre y aparentemente acabado de llegar de Italia, trae, para una anciana, un conjunto de fotos de los lugares donde vivió y murió alguien. Ella, a su vez, le paga con una placa que tiene una piedra de oro de tamaño significativo y le pide que se lleve también algunos cuadernos en los que aparece la historia de su madre relacionada con dicha placa. A partir de ese momento se alternan las historias de Aida Petrirena Cheng y sus amores con el cantante de ópera Enrico Caruso, y de la hija de ambos, Enriqueta Cheng.

Se parte del presupuesto de que la heroína de *Como un mensajero tuyo*, Aida Petrirena Cheng, tiene como objetivo cumplir las exigencias y etapas de una trayectoria mítica y sigue la trayectoria de la aventura mitológica del héroe/heroína. Según Campbell (1997), esta trayectoria presenta tres momentos, que ilustran la unidad nuclear del monomito: separación, iniciación y retorno. Durante su jornada el héroe/heroína se aparta de su vida cotidiana, sale a la búsqueda de un objetivo, vive varias aventuras y luego regresa con los conocimientos adquiridos.

Aunque Pratt no niegue la secuencia del monomito presentada por Campbell, afirma que «la búsqueda social de la heroína implica, de modo típico, una serie de fases acentuadamente diferentes que Joseph Campbell y otros describirían como características de la jornada del héroe masculino» (Pratt, 1996: 205). Para ellas es importante emanciparse de los valores dictados por la cultura patriarcal, romper

[2] Como aclara la autora, todos los títulos de los capítulos pertenecen al texto de la ópera *Aida* de Giusepe Verdi. («¡Que avance el mensajero!», traducción mía).

las dependencias del padre o del marido, así como reclamar sus derechos plenos de ciudadana y luchar contra cualquier forma de dependencia del hombre. Según ella, las mujeres necesitan construir una vida propia en la que alcancen su desarrollo pleno en la sociedad, aunque esa ruptura de las estructuras las convierta en transgresoras de las costumbres establecidas. Al final de la jornada el héroe es recompensado, mientras que la heroína es considerada «una paria de la sociedad y su búsqueda social es por definición asocial» (Pratt, 1996: 207).

También Ribero coincide con los objetivos trazados por Pratt, al definir la trayectoria de la heroína:

> «[...] heroína es aquella mujer que consigue, antes que todo, recorrer un arduo camino de concientización, superar su «condición de víctima» del patriarcado y, mediante una toma de consciencia de los dramas existenciales, de los problemas familiares y conyugales, de las tragedias y de los errores provocados por los sistemas opresores, prejuiciosos, punitivos y violentos, consigue romper con las convenciones socioculturales, creando estrategias inteligentes de mudanzas y transformando mentalidades.» (Ribero, 2003: 43-44).

Para Murdock, también el modelo de la trayectoria heroica de la mujer se deriva, en parte, del modelo propuesto por Campbell, pero asegura que las etapas que atraviesa la heroína tienen características y formas específicamente femeninas. Ese proceso comienza con una abrupta separación de lo femenino, definida como la ruptura de una gran dependencia, continúa con la sensación de haberse extraviado en su lucha tras el éxito y necesita de un período de inmersión o descenso a su interior para buscar sus fragmentos perdidos. Después, la mujer siente ansias de reconexión con lo femenino, proceso de reconciliación con su cuerpo y su sensualidad. Más tarde, la heroína comienza una ruta de cura de la cisura madre/hija, de la cura de lo masculino herido, y termina con la integración, o matrimonio sagrado en el cual ella aprende a equilibrar en su interior lo masculino y lo femenino (Murdock, 1990: 3-5).

Veremos a continuación cómo esa trayectoria tiene lugar con Aida, el personaje de la novela *Como un mensajero tuyo*.

LA SEPARACIÓN DE LO FEMENINO. LA MUJER BUSCA SU IDENTIDAD DENTRO DE LA CULTURA Y EL MUNDO MASCULINO

Cuando Aida conoce por el *ékuele* que llegará un hombre a su vida para amarla, pero que también viene para morir, su madre hace todo lo posible para que ella se aleje de él. Primero, trata de convencer al *babalawo* para que impida su llegada, pero Calazán se muestra inflexible (Montero, 1998: 29). Después, va a consultar a los seguidores de los dioses chinos, pero obtiene la misma respuesta: la confirmación de que ese hombre ya llegó y está muy cerca (Montero, 1998: 41).

La madre de Aida trata desesperadamente de alejar a su hija del destino, de ese hombre que vino para encontrarla. En ese momento se produce la ruptura con la madre, pues Aida desafía la autoridad materna y rompe el orden establecido por la sociedad al no escuchar los consejos maternos. Separarse de la madre es muy difícil, pues debe diferenciarse de una figura con la que al mismo tiempo se identifica, y en esa separación siente miedo de perder el amor materno. Se produce, en ese momento, una alianza con el padrino y con los *orishas:*

> «–Si viene tu madre –me dijo desde allí–, dile que no haga nada. Que me espere […]
>
> –¿A qué vendrá mi madre? Dímelo, padrino […]
>
> –Tu madre vendrá para llevarte con ella a La Habana […] No está conforme con que estés aquí –añadió Calazán–. Pero ya no eres una niña, eres una viuda que conoces la vida. Orula ha dicho que tienes que quedarte hasta que yo termine. Si no te quedas, no lo podré ayudar a él, y mucho menos te podré ayudar a ti.» (Montero, 1998: 63).

IDENTIFICACIÓN CON LO MASCULINO Y REUNIÓN DE ALIADOS

Aida tiene en Calazán su modelo paterno de liderazgo y autonomía. Calazán también quiere a Aida como un padre, y la protege y ayuda. El destino trazado por los *orishas* y comunicado por él debe ser respetado y cumplido. Calazán y Aida confían en que conseguirán cumplirlo, pero ella quiere algo más, ella quiere amar a Caruso para siempre, ser independiente para decidir su vida. En la búsqueda de esa independencia, entra en conflicto con las órdenes recibidas y pierde la aprobación y aceptación del padrino. Entonces Aida desobedece, se rebela y le dice que ella no quiere separarse de Enrico (Montero, 1998: 92). Pero Aida y Caruso son de mundos diferentes. Se trataba de una relación imposible, era impracticable ayudar a los amantes.

> «Poco antes de salir de Matanzas, José de Calazán me había llevado aparte, me había puesto una mano sobre el hombro, y me había mirado como si fuera un padre: "¿Qué podemos hacer por ti, Aida?". Yo lo estuve pensando, había que pensar muy bien las respuestas que se le daban a mi padrino […] Mándele a decir a mi madre que estoy bien, y que la única forma en que estaré mejor es si me quedo con Enrico […] Entonces, ya no se puede hacer nada por ti.» (Montero, 1998: 137).

LAS PRUEBAS DEL CAMINO. ENFRENTAMIENTO CON LOS MITOS DE LA INFERIORIDAD FEMENINA, LA DEPENDENCIA Y EL AMOR ROMÁNTICO

Después de dejar su hogar, su seguridad de lo conocido y emprender el viaje, Aida parte con Caruso a la región de Matanzas (interior de Cuba) para realizar los sacrificios a los *orishas*, de manera que estos permitan la sobrevivencia del tenor. La laguna de San Joaquín es el lugar donde se realizarán, y entre ellos se destacan los dedicados a *Ogum*, dios de la guerra y las armas de fuego, que impedirá que

otro acto violento sea realizado contra el tenor, y a *Yemayá*, diosa de las aguas, madre de los *orishas*, símbolo de la maternidad y diosa que protege de las enfermedades relacionadas con el vientre. No podemos olvidar que cuando Caruso llega a la casa de Calazán, sufre, en esa región, un dolor terrible, que ni le permite respirar (Montero, 1998: 60) y que, al final, morirá por una infección interna.

Caruso, representante de la cultura europea, participa inicialmente de esos ritos con cierta impaciencia, pero luego, como si sintiera que es la última posibilidad de vivir, acepta, sin ninguna reclamación, esos rituales. Hipnotizado por los cantos y los *ebós*, Caruso es desnudado de su ropa, y también de su pasado, y es obligado a reverenciar con humildad a los *orishas,* postrándose y colocando la frente en el suelo. A continuación se sumerge en las aguas fangosas de la laguna y el agua lo cubre. En ese momento, Aida grita su nombre y se lanza a la laguna para salvarlo, no solo para salvar a su amado, sino también para salvarse a sí misma, su futuro, su amor.

> «Miré a Calazán y a la conga Mariate, tuve el presentimiento de que ambos estaban esperando que Enrico terminara de hundirse. Volví a sentir esa punzada en la garganta, todo mi cuerpo se estremeció de dolor: era mi vida y no la de Enrico, la que estaba cambiando al pie de esa laguna. Di un salto hacia adelante y lo llamé, pero él no reaccionó, rígido como estaba, y Calazán me miró con severidad. Volví a llamarlo y entonces eché a correr, nadie se atrevió a detenerme, fue una carrera enloquecida hacia las aguas. Lo más impresionante era el silencio, solo mi voz era la que se oía, solo mis gritos: "¡Enrico, Enrico!".» (Montero, 1998: 118).

Solo Aida, que es hija de *Yemayá*, puede enfrentarla y arrebatar a Caruso/*Changó* de su reino de vida y muerte. Solo Aida, porque como dice la negra Dominga: «Yemayá es una reina que sabe muchos secretos [...] pero le hace reverencia al rey Changó» (Montero, 1998: 119). En ese momento en que se sumerge y sale del agua con los ojos abiertos, la verdad es revelada.

> «[...] Nos cogimos las manos, y vi que le temblaban los labios. Estaba despidiéndose, con su mente y con sus ojos me estaba diciendo adiós. A mí se me saltaron las lágrimas, estaba segura de que Enrico lo había visto todo cuando hundió la cabeza en la laguna. Por eso había salido con los ojos abiertos, por eso estaba tan cambiado. Ahora no tenía dudas, ni yo tampoco podía tenerlas. En las corrientes del fondo él había visto su vida, su tierra de Nápoles, a su madre y a su padre muertos, y a su propia garganta, que era candela, pero que el agua de la muerte iba a apagar en poco tiempo. En la laguna había visto su fin, yo también lo había visto en el trance. Nos abrazamos asustados, nos apretamos el uno contra el otro porque estábamos solos […].» (Montero, 1998: 119).

A partir de ese momento, Aida será una mujer diferente que se impone, tendrá su propia voz. Al separarse de su padrino y sus guardianes, tratará de transformar ese futuro que los dos ya conocen.

DESPERTAR DE LOS SENTIMIENTOS DE LA ARIDEZ ESPIRITUAL. LA SENSACIÓN DE HABERSE EXTRAVIADO EN SU LUCHA TRAS EL ÉXITO

Después de los sucesos en la laguna de San Joaquín, Caruso vuelve a tener sueños y visiones de su muerte y escuchar la voz de su padre que le dice: «Rico, te has muerto al fin» (Montero, 1998: 135). Las amenazas continúan y aseguran que, esta vez, no escapará del atentado en la presentación teatral en la ciudad de Cienfuegos. Hasta es envenenado durante un almuerzo realizado en su homenaje. Por suerte Caruso vomita el veneno y no pueden matarlo. Pero la muerte, que ha acompañado al tenor desde su llegada a Cuba, está ahora muy cerca y él lo sabe. «Escúchame bien Aida [...] no tuve ninguna pesadilla, no fue una mala digestión, alguien me dio veneno […] Sé que me dieron algo […] Me van a matar en Cienfuegos, ahora estoy seguro, ya no me queda mucho» (Montero, 1998: 165).

Aida se ve sola, sin ninguna ayuda. Desesperada, busca entonces una salida para esa situación y le propone a Caruso huir juntos. Él está indeciso: ¿huir? ¿Qué podría hacer en una tierra extraña? Pero ella insiste, argumentando que es necesario, que de lo contrario conseguirán separarlos. Caruso entonces acepta, pero necesitan ayuda. Aida es consciente de su limitación, y en consecuencia se apoya en los lazos de amistad de todos los que profesan la misma religión que su padrino y en el poder y el respeto que inspira el nombre de Calazán. Dominada por *Yemayá,* Aida utiliza el poder del nombre del *babalawo* para pedir ayuda y luchar contra el destino.

> «[...] En la distancia, al cabo de todos estos años, descubro lo que fui: el caballo de una potencia que me dominaba, un animal que iba corriendo porque su jinete quiso. Mi jinete siempre fue Yemayá, y ella mandaba sobre mí, mandó en aquella hora como mandó en las que vinieron luego. Éramos ella y yo luchando contra Orula, poseedor del secreto de Ifá, que sabe del futuro y lo revela a los hombres; luchando contra Oddúa, dueño de los secretos de la muerte y dueño de la soledad; luchando contra Obba, Yewá y Oyá, las tres "muerteras" que habitan en el cementerio; y luchando, sobre todo, contra Osún, el mensajero de Olofi, y contra aquel mensaje que él nos traía una y otra vez, un mensaje de muerte que no queríamos recibir.» (Montero, 1998: 183-184).

Aida consigue, por fin, la promesa de la ayuda necesaria para escapar, y esto es suficiente para ella. «Yo lo escuché, me aferré con toda el alma a sus palabras, una fuga que por fin empezaba a tomar cuerpo» (MONTERO, 1998, p. 191). Esa idea de la fuga se concretiza después de la muerte de un músico en el ensayo del espectáculo operístico, y de una nueva amenaza de muerte recibida por Enrico en la puerta del teatro.

INICIACIÓN Y DESCENSO. UN PERÍODO DE INMERSIÓN EN SU INTERIOR. EN BUSCA DE SUS FRAGMENTOS PERDIDOS

La fuga de Aida con Caruso era un viaje sin retorno, y al mismo tiempo un viaje sin futuro, un viaje en la dirección de la muerte. Durante ese viaje los espíritus de los muertos están presentes. La presencia de la diosa de las aguas, de la Gran Madre, en este caso *Yemayá*, se correlaciona con los elementos naturales presentes en la novela: cielo nocturno, tierra, mundo inferior y mar primordial, elementos que fortalecen, según Neumann (2001: 187), la sensación de descenso al mundo inferior. El inconsciente del personaje femenino la transforma, durante el viaje, en una persona poderosa y valiente que es capaz de enfrentarse con lo más doloroso y profundo de sí misma, y salir transformada.

> «[…] Ten presente que todo el viaje se realizó por el agua, que es mi elemento; el reino de Yemayá; el lugar donde tiro, pero también recojo. En ese mar, en esa noche tranquila, se despertaron los aparecidos chinos, todos los fantasmas del vapor *Oquendo;* y los aparecidos negros, todos los que llegaron junto con mi abuela Petrona, *lucumí* de nación. Hubo una fuerza, un gran jolgorio, mucho *egungún* rondando, que son los muertos haciendo de las suyas.» (Montero, 1998: 213-214).

Aida en ese viaje busca, en su propia naturaleza femenina, una mudanza, una libertad, y dice «A medida que veía alejarse la costa de Cienfuegos yo también sentí la dicha de la fuga, una sensación de libertad que no había sentido antes» (Montero, 1998: 211). En el resurgimiento de ese mundo obscuro, ya con las luces de la ciudad de Trinidad a la vista, no solo encontramos una Aida más fuerte sino también un Caruso totalmente transformado. «Desde que había escapado, él era un ser distinto, como si hubiera mediado una brujería, un abismo entre el hombre que había huido de Cienfuegos por la noche y el que había llegado a Trinidad a la madrugada.» (Montero, 1998: 213).

Pero en la ciudad de Trinidad existen las brujas canarias[3], brujas que no son negras como las de Matanzas, donde fue hecho el sacrificio a *Ogum y Yemayá*. Las de aquí son brujas blancas que pueden dejar a las personas enfermas (Montero, 1998: 231). Ese hecho, junto a la negación de Aida de saciar la sed de los *egunguns,* modifica la aparente calma y felicidad alcanzada. Los amantes permanecen presos en la niebla de los sueños y no pueden huir, ni despertar de un sopor en que el propio Caruso ve su entierro y Aida siente la presencia de los muertos.

> «Yo lo sentí en el aire: fue una noche de fuegos y de guerra, y ya en la cama, pude sentir la sed de esos espíritus, sus caminatas de un lado para otro –eso se nota en el pelo, se siente como si te pasaran una pluma por la cabe-

[3] En las Islas Canarias (España) no podemos olvidar el papel que las mujeres «sagradas» representaron en los ritos mágico-religiosos. Las maguadas o harimaguadas profesaron cultos a la fertilidad y purificación de lo femenino. En esas islas existió una sociedad matrilineal, la herencia se transmitía por línea femenina, se adoraba a la Diosa Madre de la fecundidad y de la tierra, se exaltaba la maternidad, la mujer no era obligada a guardar fidelidad conyugal y no existían los mismos conceptos de virginidad, castidad, repudio y legitimidad de los hijos que tenían los conquistadores españoles cuando llegaron a ese lugar.

> za–, sus trasiegos y sus golpes, exigiendo el vaso de agua que es su alivio. Entre sueños tuve la tentación de levantarme para ponerles agua y procurar que me dejaran quieta. Pero el cansancio no me lo permitía, no pude ni siquiera abrir los ojos.» (Montero, 1998: 214).

Exactamente en ese momento cesa la protección de las deidades *yorubas* y Aida y Enrico son atacados físicamente por dos hombres, sin que puedan impedirlo. Él es golpeado brutalmente y dejado por moribundo, «como un animal del mar que embarrancó en la orilla» (Montero, 1998: 237). Aida, con el cuerpo mutilado, es abandonada en una caverna que le servirá de túmulo. Solo podrá volver, al igual que *Inanna* del reino de su hermana *Ereshkigal*, si alguien la sustituye en el mundo de los muertos. En ese momento Caruso morirá para salvar no solo a Aida, sino también a la hija de ambos, que ella lleva en su vientre y que *Yemayá* también protegerá. Aida estará mutilada física y psíquicamente para toda su vida, pero al final ese derrumbe se convertirá en el descubrimiento de sí misma.

> «Calazán lo vio todo tan claro, que cerró los ojos. Pero ante sus ojos cerrados apareció la letra de *Ikú,* que es como ver aparecer la muerte, y así mismo se lo contó la mi madre. Si me pidieron que les llevara al hombre que había venido a coronarme, si acogieron a Enrico Caruso y lo protegieron de sus perseguidores, no fue para salvarlo a él, sino para salvarme a mí. Separándonos en Cuba, me separaban de la sombra que él estaba destinado a darme, de los dolores que íbamos a compartir. Separaban mi piel de mi carne, mis huesos de mi sangre, mi corazón del sentimiento. Pero no pudieron con lo que iba por dentro. Eso también estaba escrito, y *Orula* ordenó que no lo tocaran. *Orula* ordenó que tú vivieras, Enriqueta. Por eso te cuento esta historia.» (Montero, 1998: 81).

Yemayá también permite el regreso de Aida rescatándola del mundo de los muertos para que cumpla su misión, como fue previsto en el oráculo de *Ifá*, de tener un hijo como resultado de su amor con Caruso.

> «[...] Yemayá es una sola, pero tiene siete caminos. Puede ser la mensajera de Olokún y chapotear en el agua turbia; o puede ser la secretaria de Olofi y vagar por los pasillos de una cueva. En un caso se llama Yemayá Asesu, y en el otro, Yemayá Achabá. No sé cuál de las dos fue la que se quedó conmigo, batallando con todo lo que había a mi alrededor; bichos de la humedad y culebras de la muerte, murciélagos y sanguijuelas. Todavía me pregunto cómo no me comieron y cómo no entraron en mi vientre para comerte a ti.» (Montero, 1998: 235).

EL URGENTE ANHELO DE RECONECTAR CON LO FEMENINO. UN PROCESO DE RECONCILIACIÓN CON SU CUERPO Y SU SENSUALIDAD

El proceso de reconciliación de Aida consigo misma es muy doloroso y va desde «la calle del Desengaño» en Trinidad hasta «la calle de la Amagura» en La Habana. Desengaño, porque sabe que su romance terminó. Caruso es trasladado

a La Habana por sus amigos y embarca rápidamente en un vapor para los Estados Unidos. Amargura, porque sabe que su vida ahora será solitaria.

> «La diosa universal se manifiesta delante de los hombres bajo una multiplicidad de aspectos; pues son múltiplos los efectos de la creación, así como complejos y mutuamente contradictorios, cuando son experimentados desde el punto de vista del mundo creado. La madre de la vida es, al mismo tiempo, madre de la muerte; ella se enmascara como la horrible diosa del hambre y de la enfermedad.» (Campbell, 1997: 160) (traducción propia).

Y es en esa enfermedad, en esa pérdida de la consciencia, que la memoria de Aida se apaga, y como una loca va recorriendo la ciudad, entrando en la iglesia, vagando por las calles, totalmente desorientada en el espacio y en el tiempo, buscando algo que nunca encuentra. En ese momento solo la salva el amor de los suyos, de su padrino y principalmente de su madre que la lleva de vuelta a casa, al mundo real.

> «Ahí se oscurece todo. Recuerdo retazos del viaje de vuelta hacia La Habana; recuerdo caras, unas conocidas y otras no; recuerdo incluso algunos sueños; debí de haber soñado todas las noches con Enrico. Mi madre me contó que pasé dos meses desmemoriada, sin acordarme de que me llamaba Aida y sin acordarme siquiera de lo que había sido mi vida. Era como una muerta que se levantaba en paz por las mañanas, desayunaba seria y miraba por las ventanas. Yo no te he contado esta historia, Enriqueta, porque mirándote a los ojos eres tú quien me la ha dicho; tú la que me traes un gesto, una mirada de tu padre; la que me repite las palabras de Calazán, el llanto de Domitila, los humos de Yuan Pei Fu. Supe que te anunciaste antes de venir al mundo, te apareciste en el aguamarina de Amable Casanova. Ella te vio y tú también nos mirabas desde el fondo. Viste a tu padre bajar del barco que lo trajo a Cuba y más tarde lo viste partir.» (Montero, 1998: 241).

Finalizado el viaje al mundo inferior y para completar su trayectoria mítica, Aida deberá familiarizarse con su cuerpo, sus emociones, su sexualidad, su intuición, sus imágenes, su mente, sus valores, su sabiduría creativa y su poder personal. Después de sentir el dolor de la pérdida y liberarlo, recupera no solo la propia forma física sino también lo sagrado de la parte femenina y puede entonces seguir adelante.

RUTA DE CURA DE LA RUPTURA MADRE-HIJA. REENCUENTRO CON LA NATURALEZA PROFUNDA DE LO FEMENINO

Después de cuatro meses, la cura y la paz llegan para Aida con la consciencia de su embarazo, y ese hecho la trae de vuelta de la locura a la realidad, a la practicidad de la vida. Ella repara, un día al despertar, que necesita conseguir pañales para ese bebé. Desea entonces, en aquel mundo lleno de muerte, de locura y de dolor, que la llegada de su hija pueda permitir el reencuentro con su amor y que su voluntad, su deseo y su autonomía sean respetadas.

> «Pocas semanas después mi madre se dio cuenta de que yo estaba embarazada. No me lo dijo de golpe, de todas formas no lo hubiera entendido. Ella me contó que me acariciaba la barriga y me lo decía bajito: "Vas a tener un niño Aida", pero que yo me hacía la desentendida, no reaccioné hasta que andaba por el cuarto mes, una mañana me desperté diciendo que necesitaba telas para coser pañales.» (Montero, 1998: 242).

En ese momento el mito de Deméter y Perséfone se completa y Aida siente la angustia por recuperar a su madre del mundo de los muertos, de la locura. Con el embarazo de Aida, ella y su madre atraviesan el umbral de la muerte y de la oscuridad rumbo a la renovación, a una nueva primavera con el nacimiento de Enriqueta.

> «Tenía la ilusión de que tu nacimiento se adelantara y nacieras el mismo día que Enrico, el 25 de febrero. Pero fuiste puntual y esperaste a que llegara marzo: el día cinco, al amanecer, me empezaron los dolores. El resto ya lo sabes: naciste poco después de las once de la mañana, y tu abuela lloró porque dijo que, siendo una niña, sufrirías más sin el apellido de tu padre. Ella no quería que te pusiera Enriqueta, pero yo insistí, todavía tenía la ilusión de volver a encontrarme con Enrico.» (Montero, 1998: 243).

Aida reencuentra su feminidad y ve su cuerpo como el templo capaz de abrigar nuevas vidas, hecho que ayuda a elevar su propia estima y su bienestar. El cuerpo como algo sagrado, generador de vida, coloca a Aida en otro lugar, en un lugar de identidad, de realización femenina, de encuentro consigo misma.

RUTA DE CURA DE LA HERIDA MASCULINA. LA MUJER INTEGRA LAS PARTES HERIDAS DE SU MASCULINO INTERNO

Antes del nacimiento de Enriqueta, Aida le envía un telegrama a Caruso para comunicar su embarazo, pero es retenido por los secretarios del divo[4] que responden que solo cuando mejore de salud le darán el recado. En ese momento Aida sabe por los periódicos que Enrico regresa a Nápoles y entiende que el destino está a punto de cumplirse, y Caruso está a punto de morir. Esa información se refuerza en la petición de Calazán para que Aida lleve a Enriqueta a su casa el próximo mes de agosto para que él pueda despedir a la niña de su padre. En la madrugada del primero de agosto un hecho mágico sucede y un mensajero llega para anunciar la muerte de Caruso.

> «Nos callamos porque sentimos unos pasos. Eran pasos que sonaban fuertes sobre los adoquines, y las dos miramos como por instinto hacia el lugar desde donde venía ese sonido. Mi madre se inclinó hacia fuera, tratando de averiguar quién caminaba a esas horas. "Ahí viene un hombre", me dijo. Yo también me incliné y vi aquella figura con sombrero y bastón, una figura borrosa que avanzaba con prisa. De repente, los pasos dejaron de escucharse. Veíamos al hombre, pero no sentíamos sus pisadas. Me volví extrañada hacia mi madre, que apartó los ojos de la calle para mirarme también. Fue

[4] Divo es un término que se utiliza en la operística para nominar a los cantantes más talentosos.

> apenas un momento, pero cuando volvimos a mirar, el hombre había desaparecido, y tan pronto desapareció se reanudó el sonido de sus pasos, unos pasos sin cuerpo que parecieron detenerse ante la puerta de nuestra casa.» (Montero, 1998: 244-245).

Ese mensajero es el portador de la noticia de la muerte que separará para siempre a Aida de Caruso, muerte confirmada dos días más tarde por los periódicos. Aida llora y viste de luto durante dos días, pero como el reto de la mujer heroica es el de la aceptación, después de ese corto tiempo se consuela y cura sus heridas, con la presencia y el amor de su hija.

La figura del mensajero, anunciada desde el título del romance, inicia la obra con la noticia de la llegada de un hombre a la vida de Aida y cierra ahora el ciclo con la noticia de su muerte. La relación llegada/partida e inicio/fin recoge el contenido simbólico de su tarea, el anuncio de amor/muerte, en la inmaterialidad del sujeto y en su condición de fantasma.

> «[…] en el momento en que alguien muere sin arreglar sus cuentas, un mensajero del alma sale del lugar de la muerte y vuela hacia el lugar de su destino. El lugar de su último destino era mi casa, lo había sido desde siempre. Las almas tienen sus viajes contados, y ese mensajero suyo había venido a verte, Enriqueta, a despedirse de nosotras dos, con pena y con amor.» (Montero, 1998: 245).

MATRIMONIO SAGRADO. PROCESO QUE OCURRE EN LA MEDIDA EN QUE ELLA APRENDE A INTEGRAR Y EQUILIBRAR TODOS LOS ASPECTOS DENTRO DE SÍ MISMA

Después de treinta años, Aida, ahora enferma, decide contarle toda su historia a Enriqueta, su hija. Ella buscó, en su trayectoria, la posibilidad de realizarse plenamente como mujer, de vivir un gran amor y de convertirse en madre. Presentada en la novela como una luchadora vehemente e incansable, persiste en buscar la verdad por medio del amor, la verdad sobre sí misma que no estará libre de sufrimientos y desengaños.

Aida pasa entonces de una postura de amante a una de madre; después de descender al encuentro de la diosa, decide explorar su propia voz, sus propias imágenes. Al contar su historia para su hija, consigue escuchar su sabiduría interna y completar el proceso de autoconocimiento. Después de alcanzar el equilibrio interno, su integración en un ciclo completo, Aida muere.

Al completar así su trayectoria heroica, Aida, como las heroínas actuales, supo cortar las ataduras del pasado y, al desarrollar una relación positiva con su corazón supo, también, sanar su alejamiento de lo femenino y sagrado. Al honrar su cuerpo y su alma supo hacerse responsable de sí misma y de los demás, y fue, al igual que la Gran Diosa, al mismo tiempo, útero y túmulo.

BIBLIOGRAFÍA

Cambell, J. (1997). *O herói das mil faces*. Trad. Adail Ubirajara Sobral. São Paulo: Cultíx.

Montero, M. (1998). *Como un mensajero tuyo*. Barcelona: Tusquets.

Murdock, M. (2006). *Ser mujer. Un viaje heroico*. Madrid: Gaia.

Neumann, E. (2001). *A Grande Mãe. Um estudo fenomenológico da constituição do insconciente*. (3.ª ed.). São Paulo: Cultrix.

Pratt, A. (1996). «A Heroína», en: Downing, Christine (org.). *Espelhos do self. As Imagens Arquetípicas que Moldam a sua Vida*. Trad. María Silva Mourão Netto. São Paulo: Cultrix. pp 136-140.

Ribeiro, M. G. (2003). *A via crucis da alma: Leitura mítico-psicológica da trajetória da heroína em As parceiras, de Lya Luft*. 2003. 274 f. Tese (Doutorado) Curso de Programa de Pós-graduação em Letras, Departamento do Centro de Ciências Humanas Letras e Artes, UFAL, Maceió.